

El Giulio Cesare que Verdi nunca compuso.

The Giulio Cesare that verdi never composed.

Oscar Bottasso

IDICER (UNR—CONICET) Rosario, Argentina.

Autor por correspondencia: Oscar Botasso — botasso@idicer-conicet.gob.ar

Conflicto de intereses: no presenta.

Resumen

El artículo hace referencia a una conversación ficticia entre Giuseppe Verdi y Arrigo Boito respecto de la pieza Shakesperiana de Julio César con miras a la preparación de la trama argumental, para una supuesta ópera que el compositor posteriormente llevaría al pentagrama. El diálogo transcurre en la Villa del maestro y se centra fundamentalmente en la tipología de los personajes centrales, Julio César, Bruto y Casio.

Palabras clave: Epicureísmo. Estoicismo. República. Roma antigua. Ficción.

Abstract

The article makes reference to a fictional conversation between Giuseppe Verdi and Arrigo Boito regarding Julio César's Shakespearean drama aimed at preparing the plot, for a supposed opera that the composer would later take to the pentagram. The dialogue takes place in the Verdi's Villa and focuses mainly on the typology of the central characters, Julius Caesar, Brutus, and Cassius.

Keywords: Epicureanism. Stoicism. Republic. Ancient Rome. Fiction.

La epidemiología de las enfermedades infecciosas ha dejado en claro que, por debajo del estrato de pacientes con alguna dolencia de este tipo, subyace un número variable, pero siempre sustantivo, de individuos infectados que no llegan a desarrollar el cuadro. Trazando un paralelo, desde el arte también es razonable imaginar que muchas de las ideas concebidas por los grandes maestros nunca llegaron a cristalizarse, o bien quedaron a medio camino. Ejemplos no faltan. Entre 1856 y 1858 Richard Wagner bosquejó el borrador de una ópera *Die Sieger* (Los Victoriosos) basado en leyendas budistas, que narraban una historia de amor entre una joven y un monje; a quienes Buda les habría permitido una casta unión para así sumarse a la comunidad monástica.

El mismo Verdi intentó muchas veces componer una ópera en base al Rey Lear, pero siempre se topaba con las dificultades escenográficas propias del teatro de Shakespeare. Quizás haya tenido una compensación con Macbeth y Don Carlo en esto de llevar a escena los entretelones y miserias que rodean al poder.

Esa notable capacidad creativa del gran Giuseppe sumado a su simpatía por el gran genio de Stratford son un terreno propicio como para conjeturar una situación que bien podría haberse dado en los años de plena madurez. Con las licencias de toda ficción, por qué no imaginar que el maestro estuvo de alguna manera interesado en musicalizar el Julio César que William había escrito en 1599. Trámite espinoso, pero no tanto para alguien acostumbrado a remar en aguas agitadas.

Los romanos de aquellos tiempos difieren del hombre actual, no porque haya cambiado la condición humana, sino porque los escenarios y la cosmovisión eran distintas; lo cual es interesante de por sí. El donaire y la nobleza de aquellas personas dista bastante de los estándares del hombre contemporáneo, y en líneas generales uno tiende a pasarlo por alto, quizás porque no es fácil tener consciencia de lo que no se es. Shakespeare lo redescubre poniendo sobre el tapete el *hard core* de esa Roma, y las cualidades por las cuales los romanos llegaron a ser lo que fueron. A fines del siglo XVI, el rico pasado de dicha civilización seguía presente. No sólo reinaban unos cuantos “Césares” sino que las únicas naciones con el adjetivo de avanzadas se ubicaban dentro de los límites de aquel imperio. Las bases del derecho eran romanas o ligadas a esa tradición; como así también el juego político, mientras que en el ambiente académico el latín conservaba su primacía como *lingua franca*.

Roma constituía la fuente y el fin con una grandeza incomparable, pero también es cierto que se trataba de una urbe de ricos y otra de pobres. Ambas en “equilibrio”, o si se quiere necesarias y a la vez hostiles entre sí.

Los hombres de la clase pudiente componían el Senado y adoptaban las grandes decisiones. Un círculo de excelencia que estaba compuesto por un grupo significativo de individuos suficientemente sumisos a las leyes para evitar tanto la anarquía como el gobierno de un solo mandatario. Se sacrificaba la autocomplacencia en aras de una estricta disciplina, cuya recompensa sería el honor.

Al parecer, Shakespeare habría estado en sintonía con ese estatus atento a algunas versiones según las cuales sostenía que las virtudes básicas eran patrimonio de unos pocos y se adquirían a través de un entrenamiento muy apropiado en el marco de una larga tradición; que en definitiva sustentaba los derechos especiales del patricio.

Así las cosas, la atracción de Verdi hacia estas cuestiones no aparece desatinada. Cautivado por el tema, imaginemos pues una serie de conversaciones mantenidas entre él y una figura a la altura de tales circunstancias; a nuestro parecer Arrigo Boito poeta, compositor y el libretista de Otello la obra cumbre del gran Bussetano. Las ideas del gran William sumado a los aportes históricos, Plutarco entre otros, eran apropiadas.

Lo que sigue vendría a constituir la interpretación muy libre sobre una plática inicial entre ambos; algo así como un prolegómeno obligado para después meterse más de lleno en la composición.

La acción transcurre en su villa de Madonna Sant'Agata. Alguien ha traído algunos embutidos del lugar, *culatello e salame felino, un bel pezzo de Parmigiano Reggiano*, y una botella de un lambrusco del *paese*. También han coincidido en que los personajes centrales serán César, Bruto y Casio, secundados por Antonio y luego Octavio. Boito está profundamente entusiasmado y su discurso es hasta casi encendido.

- B — Qué paradoja maestro, el mayor de todos los romanos termina aplastando a la república, que había sido precisamente la institución a través de la cual fue escalando posiciones.
- V — Sabe que sí... Cuando uno lo analiza con detenimiento resulta evidente que fue un trabajo hecho pacientemente para consolidar el camino hacia el control total. Uno por uno sus contendientes iban siendo neutralizados hasta no quedar oponente alguno.
- B — ¿Se lo imagina jugando al ajedrez?
- V — Imbatible. César sabía cómo armar estrategias. Al decidirse a traicionar a sus pares el apoyo

popular era indispensable, creo que lo tenía claro desde el principio.

- B — ¿Y las declamadas virtudes?
- V — Lo de siempre, dar paso a las artimañas, salpicadas con alguna cuota de corrupción y de ser necesario la violencia.
- B — Qué quiere que le diga...la historia de su accionar lo deja a uno apabullado. ¿Conocía que también llegó a gozar de los privilegios del tribuno de la plebe?
- V — Si claro, una movida muy efectiva para acrecentar su inmunidad.
- B — Y, sin embargo, no le resultó suficiente.
- V — ¿En qué sentido?
- B — Quiero decir que las decisiones en cuanto a las finanzas del estado, o la conformación de la lista de postulantes para el consulado y demás magistraturas también estaban bajo su ejido.
- V — A ver, imaginémoslo así, de pie frente a su mesa de trabajo en la cual estaban representados todos los dispositivos del control estatal, sobre los que iría trabajando.
- B — ¡Como antes de una batalla!
- V — Estamos hablando de un general, amigo mío.
- B — Hace unos días estuve repasando la historia bajo la república y leí que el pueblo tenía alguna participación en el control de la ciudad al intervenir en la elección de magistrados.
- V — Quizás hayan querido evitar que los gobernantes siguieran políticas contrarias al interés público.
- B — Es posible, pero eso podía funcionar en tanto la clase dirigente tuviera firme convicciones, con candidatos elegidos en función de la probidad y empatía con los intereses generales.
- V — En teoría y dicho entre comillas, el poder del pueblo debía hacer las veces de vigía para garantizar el logro del bien común.
- B — En los papeles todo muy lindo, pero si algunos senadores decidían cambiar de rumbo y gobernar contrariamente a las leyes, agitando la bandera de estar salvaguardando los sacrosantos intereses del pueblo, la cosa terminaba enturbiándose.
- V — Riesgos institucionales, Arrigo. También es cierto que aquella plebe estaba bastante acostumbrada al pan y circo; podían cambiar de héroes en función de cuanto les apeteciera lo que obraban en su favor. Quizás eran indiferentes a la tiranía; o tal vez no llegaban a distinguir un embustero del buen gobernante.
- B — Vaya uno a saber cuánto deseaban ser conscientes de una situación a la que ellos mismos habían contribuido.
- V — Me inclino por la negativa; y César debe haberlo percibido muy bien.
- B — Obviamente.
- V — Hay otro dato que se nos está escapando.
- B — A mí en todo caso.
- V — Los funcionarios públicos debían jurar que nunca se opondrían a una medida tomada por él.
- B — ¡Cuánta razón, eso debe haber sido la condición *sine qua non* para ingresar al círculo áulico!
- V — A no dudar. Con lo cual se aseguraba todo el control del aparato burocrático, ya que estamos.
- B — ¿Y si alguno quería dar marcha atrás?
- V — Para un militar la desobediencia es execrable.
- B — Si claro.
- V — Para mí, también se ocupó de que sus excompañeros no se pasaran de la raya.
- B — Oh sí. Pero...con un cierto grado de sutileza, se trata de otro linaje, digo.
- V — Amén de cuidar las formas, estoy convencido que, si algún grupo de legisladores hubiera querido formar un frente opositor, tampoco habrían faltado otros tantos dispuestos a desbaratarlo, no le parece.
- B — No se me había ocurrido, pero tiene mucha lógica.
- V — ¡Arrigo, Arrigo, qué brutal encerrona!
- B — Tan feroz como propicia para pergeñar una conspiración que los llevara a recuperar el marco de legalidad...supuestamente
- V — Para mi gusto una zona muy peligrosa porque uno termina situándose al borde del abismo.
- B — Es cierto. Lo otro habría sido neutralizar a César con una tiranía aún más fuerte.
- V — Peor aún. De todos modos, no creo que haya existido un rival capaz de reunir suficientes seguidores como para desafiarlo.
- B — ¡Apreciado Maestro, contamos con un personaje colosal para plasmar en el libreto!

- V — Totalmente. Mi recomendación es que cuando lo retrate procure resaltar esa habilidad para superar rivales y serenar los ánimos de plebeyos y patricios.
- B — Su gran capacidad de conducción, quiere decir.
- V — Exacto. No deja de ser sorprendente.
- B — Ya mismo tomo nota.
- V — Le he dado vueltas al asunto y creo que su sentimiento de superioridad era tal, que nadie podía interponérsele.
- B — Puede que sí, pero con un senado que lo convalidara.
- V — Si claro. ¡Hagamos como qué, Arrigo!
- B — Pobre república.
- V — No sé Ud. pero viéndolo con detenimiento, podríamos arrancar recreando un César no en el sentido de un dictador despiadado a quien solo le preocupaba satisfacer sus apetencias; sino que Roma también fuera feliz bajo su liderazgo.
- B — Me gusta la idea.... ¡Y que los patricios hubiesen sido sus amigos!
- V — Genial, como para que se vislumbre una pizca del romano tradicional.
- B — Algo de eso hubo...
- V — No sé cómo se podría llevar al texto. La metáfora es la de un brote que se va secando. Más que nada si pensamos en los no alineados.
- B — Es que a pesar de su “generosidad”, César no puede confiar en quienes lo rodean. Nunca ha sido fácil distinguir entre el afecto verdadero y el halago de los temerosos e interesados... Si me permite, su control ha sido ejercido a través del miedo y el haber triunfado sobre todos los oponentes posibles hace que sus iguales ya no sean tales.
- V — Dice bien Arrigo.
- B — Maestro, ¿no cree Ud. que la voluntad de César era razón suficiente?
- V — Oh sí, estoy casi convencido.
- B — Pues bien, tratándose de alguien muy próximo a los altares, ¿no será que el atentado, en definitiva, terminó reforzando ese imaginario?
- V — Un sí rotundo. Es más, aunque se trate de una pura conjetura, creo que, si los conspiradores republicanos no lo hubieran asesinado, tarde o temprano habrían aparecido los descontentos.
- B — Puliendo la idea, el complot lo salvó de sí mismo.
- V — ¡Con todas las letras!
- B — Siendo así, se me ocurre un monólogo donde un César doliente se lamenta que, a pesar de todos los honores cosechados, la admiración sincera de los mejores hombres de su tiempo, le resultó esquiva.
- V — ¡Eso! Una escena al estilo de Felipe II en Don Carlo.
- B — Parecido.
- V — Para mí es necesario rescatar la necesidad de recuperar una Roma donde la igualdad entre ciudadanos y el acato a las leyes fuese fundante.
- B — Delo por hecho Maestro.... ¿Me permite una digresión absolutamente necesaria?
- V — Si por supuesto
- B — ¡Este *culatello* es excepcional!
- V — Me lo mandó un amigo de Busseto.
- B — Pero si mal no entiendo el producto traza sus orígenes en Zibello.
- V — En efecto; años atrás tuve un joven estudiante que era precisamente de allí y no quiera saber Ud. las delicias que hemos compartido.
- B — ¡Estos son grandes logros de occidente!
- V — Le acerco una nota de color; la gente del lugar no muy a gusto con el nombre del producto suele llamarlo *sederello*.
- B — No me parece mal el eufemismo, el embutido es una verdadera obra de arte, como para merecer una designación un tanto más elegante.
- V — Es un gran motivo de orgullo para cualquier Parmesano.
- B — Muy entendible.
- V — ¿Y qué me dice del queso?
- B — Es para degustarlo al son de la marcha triunfal.
- V — En la cena le voy a contar algunos secretitos de elaboración.
- B — También podemos seguir durante la sobremesa, estos temas me apasionan.

- V — ¡Este Arrigo!
- B — Perdón por interrumpir ¿Continuamos?
- V — *Così sia*. Creo que la caracterología de César está más o menos bien delineada.
- B — Me parece que sí. Pero como la pieza Shakespeariana centra el liderazgo de la conspiración en Bruto y Casio, deberíamos avanzar en esa dirección.
- V — Desde luego. Hay que otorgarle algún espacio a Casca como prototipo de persona íntegra, pero el núcleo de la conjura lo centraremos en ellos dos.
- B — Yo los presentaría como dos tipologías diferentes, complementarias entre sí, y a la vez conflictivas.
- V — Bien rumbo. Bruto y Casio están irremediamente ligados, pero son demasiado disímiles como para trabajar al unísono.
- B — Casi que se situaban en las antípodas.
- V — Mire Arrigo, muchas veces he pensado que la confabulación debería haber sido urdida por un hombre con las cualidades de Bruto y Casio, pero la naturaleza no produce ese tipo de quimera.
- B — Es que no es posible ser estoico y epicúreo a la vez; uno odiaba la tiranía y el otro los tiranos. Mientras Bruto creía en el orden legítimo y tradicional; a Casio le resultaba insoportable la idea de un soberano.
- V — Resumiéndolo, que uno represente los principios y el otro las pasiones.
- B — Está inspirado maestro, y de paso remarcamos que la grandeza republicana requiere una convivencia equilibrada entre ambos elementos.
- V — Trabájelo así. A Ud. le sobra talento para plasmarlo.
- B — Veamos si acuerda conmigo. Las razones de Bruto se sustentan más en lo virtuoso, en tanto que Casio es preso de una antipatía, y apasionamiento bastante díscolo.
- V — Exacto. No deje de mencionar que la retórica es irrelevante para Bruto, los hombres honestos dicen la verdad a secas.
- B — Agendado. Aunque entonces será oportuno reflejar su ineptitud para advertir que las pasiones pueden sesgar el raciocinio, y eso es muy útil para manipular personas.
- V — Buena acotación. Vea de empalmarlo con los vanos intentos de Casio, por apartar a Bruto de su inmovible convicción que las virtudes del alma son de por sí suficientes.
- B — Tiene razón, vale la pena resaltarlo.
- V — De hecho, los liga un gran afecto y una causa en común pero no consiguen entenderse.
- B — A ver, ¿y si tratamos de que se note la preocupación de Casio empeñado en evitar una ruptura sin retorno?
- V — Sí, sí. Haga visible su amarga sensación de impotencia, al machacar una y otra vez contra esa roca humana.
- B — ¿Valdría la pena subrayar que ambos son un ejemplo de las trabas para aplicar las ideas filosóficas a los asuntos políticos? O tal vez que la realidad no necesariamente debe encajar con nuestras concepciones acerca de ella.
- V — Cualquiera de las dos está bien para mí; después veremos en boca de quién lo ponemos.
- B — ¡Qué trama argumental Dios mío!... Esto da para mucho más.
- V — Para eso estamos Arrigo, nunca pensé que se agotaría en un encuentro.
- B — Gracias maestro...Bruto es un personaje que demanda una especie de disección tipológica antes de llevarlo a las palabras.
- V — Confío plenamente en su perspicacia para hacerlo... ¿Qué otro elemento tiene in mente?
- B — Verá Ud., Bruto ama la virtud. Al igual que Casio, no considera que comportarse correctamente deba brindarle alguna ventaja o que las reglas de justicia pueden mitigarse. Es más, en tanto actúe conforme a sus convicciones, la carencia de bienes externos no es sustancial puesto que se trata de un estatus cívico más que una posesión individual. Tampoco se le ocurriría que, en determinada circunstancia, deba incurrir en alguna acción ilícita.
- V — Perfecto; esto último viene de perillas para contrastarlo con la visión de Casio sobre la necesidad de apelar a algún acto indebido para apuntalar el estado de.....justicia, por decirlo de alguna manera.
- B — Le parece bien que Bruto se pregunte así mismo: ¿si no hay principios permanentes de justicia, si la virtud requiere aditamentos no virtuosos, si ser un hombre bueno y feliz pueden ser cosas diferentes, entonces cómo elegir correctamente?
- V — ¡Qué encuentro productivo el de hoy!

- B — No es para tanto... Otro asunto por considerar es que, como Casio, Bruto es un ser político, muy complacido en ejercer su derecho ciudadano, halla virtud en eso.
- V — Encaja con su personalidad, es cierto.
- B — Avanzo con la idea. Brutus no puede vivir en otro mundo que no sea el de la ciudad y su civismo; esa veta política está en su esencia. Nunca tuvo miedo de las consecuencias, tomada una decisión esta se vuelve inalterable.
- V — Estoy de acuerdo, pero ojo que la misma no le resulta tan fácil. Su calma estoica lo dispone a aceptar los males de la época; pero también se siente en deuda con César, y el asesinato es contrario a sus principios.
- B — Eso deberíamos relacionarlo con una suerte de impedimento para entrever que en las tenebrosidades la sumisión a las reglas pierde vigencia.
- V — ¿En buen romance?
- B — Otro Bruto no habría dudado que Antonio también debía morir. Pero como estoico eso iba en demasía.
- V — Según Ud., ¿estaríamos hablando de un discapacitado para navegar en mares políticos tormentosos?
- B — Por ahí pasa la cosa. Su doctrina y sus principios son inspirados, pero no cala en el mundo real. Casio habría aplicado las debidas purgas.
- V — Bajo esa perspectiva, al proteger a Antonio, Bruto terminó preservando a César, entonces.
- B — Visto con toda frialdad es así. Ni siquiera advierte que Antonio es la continuación de César. Y aunque Bruto habría intentado que el pueblo percibiera el fundamento “virtuoso” que subyacía en el asesinato, eso no llegó a ser comprendido.
- V — Para colmo de males, la alocución de Antonio deja a César mejor plantado que nunca y en franco descrédito de los conspiradores.
- B — ¡Tal cual!
- V — A fin de cuentas, esta suerte de desentendimiento hacia cuestiones básicas del barro político saca a la luz un cierto grado de torpeza en Bruto, como yo lo veo.
- B — Sabe una cosa, estamos yendo a contrapelo de don Alighieri.
- V — Lo estuve meditando bastante. Si bien el Dante los sitúa como traidores, nuestro enfoque será a partir de la pieza Shakespeariana.
- B — Y tampoco dejaremos de ventilar los claroscuros.
- V — En efecto.
- B — *Fiat voluntas tua* y vuelta de página, maestro....
- V — El turno de Casio.
- B — Ud. lo ha dicho, el mismo que impulsa y organiza la trama.
- V — Señor mío..., las conspiraciones...exigen sigilo.
- B — Sin duda y Casio se siente apto para eso.
- V — Presumo que su odio al servilismo avivaba el fuego.
- B — Es alguien mucho más decidido. Incluso descreo de que se requieran recursos dialécticos para demostrar la pertinencia del asesinato.
- V — Y de ser necesario la vena virtuosa, pues que se encargue Bruto.
- B — Sin duda. Confía plenamente en las dotes de su amigo para que la acción aparezca justa ante el pueblo.
- V — Por supuesto. También es consciente que Bruto nunca actuará por amor propio, sino de acuerdo con la visión pública de lo que es decente.
- B — No sé cómo lo ve Ud. pero en esa suerte de toma y daca, me parece que Casio sale peor parado.
- V — Yo diría que más bien termina siendo anulado por Bruto.
- B — O, en una de esas se trataba de una suerte de expiación autoimpuesta.
- V — Difícil saberlo a ciencia cierta. Si está claro que Bruto presta poca atención a Casio de cuyas cualidades es menos consciente de lo que es Casio respecto de él.
- B — ¡Qué buena observación!
- V — Nada más que un dato. ¿Dígame cómo explicaría que Casio siempre cede, casi sin discusión?
- B — El sentimiento de superioridad moral de Bruto, para mi gusto. Casio no puede esperar que prevalezca su visión. De alguna manera se siente intimado por el talante de Bruto.

- V — Está bien, pero no dejemos de destacar que también hay rasgos de nobleza en Casio.
- B — ¡Oh sí! El desea que Bruto sea un estoico de verdad. Nunca intentará convertirlo a su propio credo, más bien lo insta para que se ponga a la altura de las circunstancias.
- V — Sospecho que, en el fondo, Casio siente que sus propias ideas son endeble frente a la fuerza de los estoicos.
- B — Podríamos jugar con esa disyuntiva que lo volvía un tanto titubeante en sus decisiones.
- V — La ecuanimidad, ante todo, Bruto tampoco estuvo eximido de eso.
- B — Sí porque al momento de reconciliarse y cuando Bruto admite estar harto de tantas penas, Casio le acierta “Su filosofía no sirve de nada, si da lugar a males accidentales”.
- V — ¡Flor de desquite!
- B — Que lo tenía *in pectore* seguramente.
- V — Y se dio el momento. Lamentablemente, a medida que avanza la trama a Casio le resulta cada vez más difícil mantenerse incólume ante aquella tempestad.
- B — Muy entendible para mí. Por eso creo que merecen rescatarse algunos aspectos muy loables en él.
- V — ¿Cómo cuál?
- B — Veamos, quien insistía que toda acción era interesada resulto ser el más verdadero y sentimental de los amigos.
- V — Que se refleje en el libreto, entonces.
- B — No le quepan dudas. Presumo que Casio yerra a raíz de su mala perspectiva de confiar más en lo escuchado que en lo percibido.
- V — Lo que veníamos diciendo de una persona con ideas no tan claras.
- B — Más o menos así. Estamos ante una persona que descreo de sí mismo tal vez porque ha abrazado una ideología que desvaloriza lo que es bueno en él. En la crisis final emerge el verdadero hombre, pero es demasiado tarde.
- V — Lo que ocurre Arrigo es que, en la arena política, César estaba mucho más dotado que los conspiradores. Ni Bruto ni Casio tenían plena conciencia de cuán hábil era para mover las piezas.
- B — ¡Qué triste Maestro! En otra Roma, ambos habrían sido excelentes ciudadanos.
- V — Pero así se dieron los hechos.
- B — Considero que esto debe ser dicho.
- V — Hágalo...Después vea de cómo hacer encajar a Antonio y Octavio.
- B — El papel central de Antonio lo reservamos para el funeral.
- V — Excelente.
- B — Lo confrontaría con Bruto, un hombre austero lleno de hidalguía que se dirige al romano tradicional tratando de que se entienda su pasión por la libertad. Para él, el pueblo será capaz de reconocer todo eso.
- V — Bien encarado ¿Y respecto de Antonio?
- B — Pues aquí hay que poner sobre el tapete su discurso impregnado de retórica.
- V — Shakespeare puede darle buena letra cuando se trata de ser elocuente a la hora de arengar.
- B — ¿Le parece una declamación sobre el amor de César hacia el pueblo y los beneficios concedidos?
- V — Si claro, un aria bien encendida y tras ello un coro de alabanzas a viva voz que hará las veces del pueblo.
- B — Ya me lo estoy imaginando, Maestro.
- V — No obstante, me gustaría rescatar algo de Antonio.
- B — Lo escucho.
- V — Tengamos en cuenta que, a pesar de su venida a menos, todavía conservaba algo de esa épica romana; a la postre desarticulada por Octavio.
- B — Buena acotación, porque sobre el final Shakespeare insinúa la fricción entre Antonio y Octavio.
- V — El muchachito era muy bueno para cocinar a fuego lento.
- B — República incluida...
- V — Nunca lo hemos hecho, pero por qué no agregar un recitativo a modo de *postludio*
- B — ¡Qué ideas se le ocurren Maestro! ¿Y a qué haríamos referencia?
- V — Al remedo de normalidad institucional del año 27 a. C., por ejemplo
- B — ¿Ud. alude al momento en que el Senado confiere a Octavio el título de *Imperator Caesar Augustus*?
- V — Así es. Poniendo sobre el tapete que, para preservar las formas, dotaron a la monarquía

dinástica de una figura republicana con un senado...funcional.

- B — La historia es más que interesante, pero le temo a la desconexión.
- V — Entiendo los riesgos, simplemente estoy arrimando ideas....
- B — Veré cómo lo trabajo...
- V — En este ir y venir hay una cuestión que se nos está pasando por alto.
- B — ¿Otra más?
- V — Estamos hablando de una república con esclavos.
- B — ¡**CLARO QUE SÍ!** Unas décadas previas al asesinato, incluso se había producido una rebelión liderada por Espartaco.
- V — Se da cuenta.
- B — Quizás haya un modo de poner en escena esas desigualdades de la república.
- V — ¡Ese es mi Arrigo!
- B — La plebe romana había sido engrosada por pequeños campesinos caídos en la ruina, en parte porque algunos miembros de la clase senatorial acapararon las tierras que el estado se había reservado en las conquistas.
- V — Ahí lo tiene, con eso el pueblo se volvía más vulnerable al juego demagógico.
- B — Si marchamos en esa dirección también se dieron otros antecedentes que enturbiaron el escenario republicano, pero bastante anteriores al momento del asesinato.
- V — A esta altura de los preparativos todo está permitido.
- B — Verá Ud. para el siglo III a.C. el senado controlaba a los magistrados como así también el tesoro público.
- V — Los todopoderosos.
- B — Sí, pero a su vez generaba desavenencias, como las del grupo de los populares hacia el de los optimates.
- V — Negro sobre blanco, si es posible.
- B — Los primeros bregaban por otorgar mayor poder a los tribunos y comicios populares mientras que los segundos pretendían limitar dicho poder en favor del Senado, según ellos más garante del bienestar.
- V — ¡Qué viejo es el mundo, Arrigo!
- B — En realidad era la facción aristocrática aprestada a beneficiar a las familias nobles, opuesta a la admisión de los llamados “hombres nuevos”.
- V — Un eufemismo muy ingenioso para no decir plebeyo.
- B — Insisto en que sobre esto último no tengo idea de cómo hacerlo encajar.
- V — Mencionar el levantamiento de los esclavos y el campesinado empobrecido que engrosaba las filas de indigentes es suficiente como para dejar en claro que se estaba lejos de la república que uno querría.
- B — Hoy por hoy también nosotros seguimos soñando.
- V — ¡Y han transcurrido 1900 años!
- B — Lacras aparte, quedamos entonces que la ópera rescatará la esencia del espíritu republicano.
- V — Exacto Arrigo, el *postludio* deberá enfatizar que muchas civilizaciones han abrevado en esta historia como una defensa de sus autonomías contra el cesarismo a fin de establecer regímenes respetuosos de la naturaleza humana y su sed de libertad.
- B — ¡Dios mío que me asista la lucidez!
- V — Descuento que le sobraré. Bruto y Casio encarnaban aspectos que cualquier estamento de gobierno bien nacido debería sentirse orgulloso de contar.
- B — Suena adecuado para el cierre.
- V — Es mi deseo.....
- B — ¿Le parece que lo dejemos acá?
- V — Por supuesto, ya no me da para seguir hilvanando ideas.
- B — Necesito tomar aire, Maestro.
- V — Yo también, aunque mis huesos no me permiten hacer largas caminatas. El parque es todo suyo.
- B — De paso veré cómo ir digiriendo todo esto.
- V — Recuerde que acá cenamos temprano.
- B — Lo tengo presente. Pero hablaremos de otra cosa, quesos incluido.
- V — Esto de que Italia haya entrado en una triple alianza con Alemania y Austria—Hungria, me preocupa mucho.

- B — Con Berlín podríamos llegar a entendernos, pero con Viena....
V — Más que unirnos la historia nos separa.
B — La seguimos después.
V — ¡Buona passeggiata!

Aunque nunca sabremos si esta ficción tuvo a lugar, el interés de Verdi por este tipo de cuestiones está fuera de discusión. Es más, su producción a través del drama musical deja entrever que el compositor era un hombre políticamente comprometido con su tiempo. La misma *Battaglia di Legnano* de 1849 es una ópera de gran contenido patriótico destinada a reavivar ese espíritu.

Por fuera de lo estrictamente musical, el maestro también llevó a cabo una suerte de militancia durante los años en que se gestaba la nación. En octubre de 1859, Verdi se reunió con Cavour, por aquel entonces el arquitecto de la unificación italiana que se produciría dos años después. Este hizo todo lo posible para convencerlo de su postulación a un cargo político a fin de fortalecer el futuro de la naciente Italia. Fue así como el 3 de febrero de 1861 Verdi resultó elegido en calidad de representante al Parlamento en Turín, que desde marzo de 1861 pasó a ser el organismo legislativo del Reino de Italia. Varios años después, en 1874, también fue nombrado miembro del Senado italiano, pero no participó en sus actividades. En parte porque los años habían comenzado a pesarle y los viajes no eran tan sencillos por aquel entonces.

Sus aportes a la patria que tanto amó son hartamente evidentes, sea desde lo artístico, la veta política y su mecenazgo para distintas iniciativas y organizaciones de bien público. Vive en el corazón de todo un pueblo y también en los amantes de su música y legado. Su figura reposa en algún lugar del universo, donde cohabitan las almas que en su paso por este mundo lucharon por convertirlo en un sitio más vivible.

Fuente de financiamiento: no presenta.

Referencias bibliográficas

1. Gustavo Marchesi. Verdi, anni, opere, 1ra Ed. Parma (Italia): Azzali Editore, 1991.
2. Indro Montanelli. Historia de Roma, Barcelona: Debolsillo, 2003.
3. Julio César. En: Shakespeare Tragedias. Historia de la Literatura. Barcelona: © RBA Coleccionables SA, 2002.
4. Plutarco. Vidas paralelas: Obra Completa, Volumen VI: Alejandro & César; Agesilao & Pompeyo; Sertorio & Eúmenes. Madrid: Editorial Gredos, 2007. También disponible en <https://www.textos.info/plutarco/vidas—paralelas>
5. Ruiza M, Fernández T, Tamaro E. Julio César. Biografía. En: Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea. Barcelona, 2004. Accedido en https://www.biografiasyvidas.com/monografia/julio_cesar/
6. Adrian Goldsworthy. César. La biografía definitiva (Teresa Martín Lorenzo, trad.). Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.
7. Bloom Allan, Harry V. Jaffa. Shakespeare's Politics, Chicago: University of Chicago Press, 1981